

IMAGEN DE MICENAS

Por MIGUEL LUIS ROCUANT

De Eleusis a Corinto el camino es largo. Corremos por entre olivos, campos labrantíos y montes. Los olivos se inclinan en todas las direcciones posibles y son de todas las formas imaginables. Sus troncos se elevan retorcidos, a modo de las columnas churriguerescas, o se agachan, achaparrados, rechonchos. Algunos, a pesar de su vetustez, tienden al cielo la ilusión de una ramita verde claro, y otros, acaso muertos ya, muestran en sus troncos lacras rojizas y oquedades oscuras. Como inútil lección de rectitud un ciprés erige, de vez en cuando, su huso de verdura. La tierra blanquecina arde en el amarillo de las pajas. Nadie, nadie. Indecisa, perdida en su propio vuelo, pasa una mariposa de alas negras, orilladas de azul, y por arriba, muy por arriba, divaga un águila en lentos y largos giros.

Hemos tomado la orilla del golfo de Mégara. Polvo y calor. Pasamos por manchas de tierra calcárea. El reflejo de su incandescencia nos quema la faz y las manos. Nos señalan el despeñadero de Esquiros, desde donde Teseo arrojaba a los ladrones al abismo marino. El paisaje está encendido por el sol. Los elementos minerales de las tierras quiebran la luz en coloraciones de malaquita y de pórfido. Pero, por sobre la aridez ilimitada, los olivos secos y los montes agrios, el cielo, el divino cielo de los paisajes helénicos deslíe su placidez. Es el refugio en la desolación.

Cruzamos el istmo de Corinto y llegamos a Nueva Corinto, construída hace poco, después del terremoto que destruyó la vieja Corinto. Sus calles anchas, sus pobladores animosos y su mar claro le dan alegría. Abrasados de sed, bebemos de un sorbo un vaso de la bebida nacional, agua y anís. Su opalescencia armoniza con el desparpamiento de estatuas y columnas que cubre de frías blancuras las tierras griegas. Es un agua de mármol.

A pesar de este ambiente de claridad y frescura, la idea de que en algunas horas más estaremos en Micenas, nos puebla la mente de visiones medrosas. Las reminiscencias del drama esquiliano enredan en el silencio sus voces fatídicas. Estamos ansiosos por dejar este pueblo sin atractivos legendarios, sin nada más que su entonación clara junto a su mar de un azul pálido, y llegar a la ciudad quemada por el recuerdo de sus crímenes míticos.

*

Vamos por caminos húmedos. Las hierbas tienen verdosidades y negroses palustres. Su olor es deletéreo. Pasan a nuestro lado, en borricos, mujeres con la cabeza arrebujada en pañuelo blanco que no deja verles sino los ojos. Pasan y miran apenas, con vaga timidez, mientras animan sus cabalgaduras, como si desearan por temor apresurar la marcha. Y pasan también campesinos con su traje clásico: faldellín y gorra. Sus miradas firmes, audaces y duras, interrogan. ¿A dónde vamos? Y, sobre todo, ¿por qué vamos? Aun si se lo dijéramos, no lo comprenderían. Las fábulas están para ellos muertas. . . La luz del sol, que comienza a declinar, se pulveriza en el aire y se quiebra aquí y allí en riscos agudos verdecidos de líquenes, rojeados de herrumbre. Estas regiones del Peloponeso tienen algo de la tragicidad del héroe mitológico que les dio su nombre, Pélope. Son rudas. Ni una línea de gracia en el perfil de las colinas, ni una de suavidad en el desenlazamiento de los valles. Ni una pinta floral. Todo está como calcinado por el recuerdo de las almas que vagaron por aquí, exasperadas hasta el alarido, por sus ambiciones de dominio, de amor y de gloria.

Olivos y espinos. Huye un grupo de cabras por la falda del cerro que vamos orillando. Oímos alejarse el sonido de la esquila de cobre. Riscos, materias calcáreas, mancha de tierra ruginosa. El aire, que se había ennoblecido con olor a ramajes aromáticos, vuelve a ser húmedo, y amargoso. El polvo áspero afiebra las manos. Y todo continúa en esta región argolense, árido, monótono, desolador. Tierras secas de frescura, muertas de frutos.

Al paso que ascendemos las colinas, los valles van siendo más extensos y los picachos lejanos más agudos. Corremos, corremos. Vamos ya por los campos miceneanos, por el reino del rey de reyes, del "pastor de hombres", que dijo Homero, por los campos de Agamenón. Su recuerdo dramatiza, aún más, el paisaje. A su energía y cordura se debió uno de los primeros movimientos de concentración de

los pueblos helénicos en defensa del peligro común: la barbarie de los asiáticos. Su poder de soberano se extendía hasta varias islas del archipiélago inmortal. Era denodado, pero prudente, y por eso los héroes reunidos para vengar la ofensa de Paris, le dieron el mando de las doscientas naves con que él salió de Aulide con rumbo a Troya.

Esa ofensa, el robo de una mujer hermosa, no era nueva en los pueblos antiguos. No pocos de los conflictos suscitados entre ellos tuvieron su origen en raptos violadores de la dignidad social de las víctimas y del orgullo de su raza. La fábula, que desde el punto de vista de lo humano vale más que la historia, porque narra las verdades posibles, más numerosas que las reales, recordaba, entre otras, la suerte de una joven griega, Io, sacerdotisa de Juno, robada en Argos por mercaderes fenicios; la de Medea, hija del rey de Cólquide, raptada por Jasón, y la de Hesione, arrebatada por Alcides, como botín de guerra, a Laomedón, rey de los troyanos. Agamenón, después de diez años de lucha, castigó la injuria incendiando la ciudad de Paris. Pero esa victoria resultó, por voluntad de los dioses, nefasta. De los jefes vencedores, unos fueron recibidos en sus países como extraños, otros se perdieron en el mar, y el más ilustre de todos, Agamenón, cayó bajo el hacha que puso en manos de su mujer, Clitemnestra, Egisto.

El paisaje, que favorecía la austeridad de las ideas suscitadas en nosotros por el recuerdo de la leyenda trágica, es ahora de una suavidad inefable. Sus colores se unen, se funden en armonía clara. Los olivos pasan su gris plateado a las piedras cenicientas; el cielo se deslía en los aguazales tornasolados de azul y de verde, y la palidez del camino se desparrama en el amarillo de los campos secos. Sólo allá, a lo lejos y cerca de pinos negruzcos, aparece una mancha de coloración adusta: un labrador va levantando, con el arado, una capa de tierra pesada y roja. De súbito, una cumbre, más baja que las innumerables que la rodean, y gris, se diseña en el fondo del cielo, caído ya en los morados de la tarde. Es la Acrópolis de Micenas.

Como quien sacude el polvo de un palimpsesto y busca en sus escritos la frase inteligible, recorreremos las páginas de los orígenes miceneanos. El pueblo, venido de lejos, moraba en el valle, en chozas lacustres. Eran los tiempos en que moría el nomadismo y comenzaba el reposo de las emigraciones y la construcción de hogares con troncos de árboles y piedras. Y ahí, en esa cumbre cónica, que vemos cada vez más árida, ciudadela circuida de muros ciclópeos, moraba

el rey de la comarca, el señor de ese pueblo unido históricamente a las civilizaciones más remotas, a la egipcia y a la asiria, a la caldea y a la fenicia. Prescindimos de esos vínculos oscuros y recordamos la leyenda que ha incorporado la ciudad siniestra a la vida del arte: la caída de Troya. Corremos, corremos, pero menos ya por el paisaje miceneano que por los versos de Esquilo... La ciudad del raptor de Elena ha caído. Grecia ha castigado la ofensa de Asia. Los fuegos encendidos sucesivamente de cumbre en cumbre, por orden de Clitemnestra, para tener sin tardanza la noticia de esa victoria —el primero en el Ida, cerca de Troya— han llegado ya al monte Aracsiaco, cerca de Micenas. El vigía, que ha estado durante diez años esperando la aparición de la señal tan temida por la reina, la saluda con alegría. Clitemnestra ve la fogata en la cumbre próxima a su palacio, y grita, empurpuradas ya, por las llamas, las manos.

*

—La Acrópolis —nos dice el guía.

Estamos al pie de la colina alucinante. Subimos por sendero ríspido, plantas secas y guijo sonoro, y llegamos a la más célebre de las puertas que tenía la ciudadela. Formada por tres piedras —el dintel y las dos jambas— se abre enorme y vercosa. Sobre el dintel, esculpidos en bajo relieve, dos leones sin cabeza afirman las manos en la parte superior de un pilar, formando un ángulo que armoniza con las líneas piramidales de la puerta. Su modelado, que dicen excesivo, admisible sólo en leones de decoración asiática, nos parece, por el contrario, simple y de un hieratismo enteramente egipcio. Este bajo relieve, obra del arte prehomérico, de los tiempos heroicos, era tal vez el escudo heráldico de los señores de esta fortaleza, triste ahora y destruída. Pasamos por la puerta milenaria y avanzamos hacia el patio de la ciudadela. Los muros son de un conglomerado natural, cortado en grandes bloques poligonales. Quedan aún vestigios del palacio ocupado por los príncipes malditos, los Atridas. En los muros, en ruinas, de las habitaciones que —nos susurra la leyenda— pertenecieron a Clitemnestra, vemos una piedra salidiza en la cual la reina apoyó tal vez la mano ensangrentada, al salir de la sala en que asesinó a golpes de hacha, “como a un buey”, dice el verso homérico, a Agamenón. El patio del palacio mira al valle de ilimitada amplitud. Los montes ceñudos, cubiertos de riscos despedazados, son como los personajes de un drama sombrío en que las fuerzas de la naturaleza hubieran luchado aquí, como las almas reales señoras de esta región,

por quién sabe qué victoria del odio, el poder o la muerte. Por entre piedras que se empinan al recuerdo de su vida mural, llegamos al círculo de las delgadas y dobles que rodean un pozo. Era el tesoro de la ciudadela. En esta cavidad fueron hallados puñales con incrustaciones áureas, joyas y vasos de oro con escenas de caza. Y de estas piedras, elementos primitivos armados por el hombre para la defensa de lo sagrado, salieron a la luz del día, después de haber dormido millares de años en sombra sepulcral, las máscaras de oro de los reyes. Una de esas máscaras modeladas a martillo por los orfebres miceneanos, cubrió por más de dos milenarios de olvido y tinieblas la faz del rey desventurado.

*

En el silencio de la hora, las voces de la tragedia esquiliana toman acentos de locura. Son agudas, gritan, se las siente cargadas de los goces oscuros del crimen. Es la voz de la virgen troyana, de Casandra, que anuncia la muerte de Agamenón y la suya propia, su muerte de "ruiseñor sonoro". Es la de Clitemnestra, que arrostra la ira de los ancianos de su pueblo diciéndoles: "¿De qué modo ha de prepararse la pérdida del que odiamos fingiéndole amor?... He tardado, pero el tiempo llegó. Heme aquí. Le herí. Le envolví en una red, en velo riquísimo, pero mortal. Por dos veces le herí, y dos veces gritó, y las fuerzas se le quebrantaron, y, caído ya, le herí con un tercer golpe... Jadeante, me regó con el surtidor de una de sus heridas, rocío negro y sangriento, pero no menos dulce para mí que la lluvia para las mieses, cuando la espiga rompe su envoltura...". Es, aún, la voz del vengador de su padre, de Orestes, el matricida, y el grito de Electra, que lo azuza: "Hiérela una vez más si puedes". Y es, por último, el coro de los ancianos que explica la tragedia de los reyes miceneanos, la antiestrofa que dice: "Una acción impía engendra toda una generación semejante, al paso que una acción justa no engendra sino una raza tan hermosa como ella misma". Y es la estrofa que responde: "Ciertamente, tarde o temprano, una iniquidad antigua engendra, llegado el momento, una iniquidad nueva entre los hombres perversos; odio a la luz, audacia, negras discordias en las casas, raza en todo semejante a la de sus progenitores".

*

Por sendero de cabras llegamos a la tumba de Agamenón. Su puerta, de forma egipcia, está intacta. A la derecha de la bóveda pa-

rabólica, una abertura baja y estrecha conduce a la cámara mortuoria. Para que podamos verla, un pastor enciende ramas secas. Los reflejos de la fogata y la silueta del pastor, que se proyecta en los muros, la llenan de figuras fantasmales. Alguien habla. Sus palabras resuenan, lúgubres, oscuras. Salimos. A poca distancia está la tumba de Clitemnestra. La arena del camino es tan fina que en ella los pasos no tienen eco. Es arena de silencio; se la creería cómplice del crimen. Por aquí anduvieron tal vez los pies de la reina cuando, en sus largas vigiliás, venía a esta cumbre para tener la alegría de no ver, ni aún en lo remoto, el fuego anunciador de la victoria del rey. Por estas arideces no han florecido las anémonas blancas que, según el poeta, brotan donde caen las lágrimas. Clitemnestra no conoció el llanto... La entrada de su tumba se abre en una ladera. Llegamos, por entre muros de piedras, a la cavidad fúnebre. A su puerta se detiene la luz. Es una bóveda. La imagen de la reina asesinada vive aquí, fría y ceñuda. Sus pensamientos están como revelados por estas piedras documentales, y sus largos insomnios por la duda de la suerte del rey —¿moriría allá, frente a los muros troyanos, o se perdería, a la vuelta, en el mar?— mantienen su horror en la penumbra de esta caverna mortuoria.

Por un movimiento de regresión espiritual llegamos a los días en que nació la fábula. Llegamos sin tropiezos, pues nada nos separa en realidad, moralmente, de esos días lejanos. Todo es lo mismo que entonces. Lo único que ha cambiado es el nombre de las fuerzas directoras de la vida. El destino es hoy nuestro carácter, y las divinidades que pueden sernos propicias o adversas, nuestras virtudes y pasiones. Pero lo mismo que en los tiempos mitológicos, seguimos siendo víctimas de lo que rige las afinidades de lo diverso y los caprichos de lo ineluctable, de ese poder obscuro que plasmó con arcilla y sangre, para las alegrías del amor maldito y los odios criminales, a los héroes de la tragedia de Micenas.

*

Para desechar las ideas aciagas que nos ha sugerido la leyenda en estos hipogeos reales, salimos a la luz de la tarde. La severidad de las colinas miceneanas desaparece frente a la suavidad de los valles que deslíen sus verdes en las lejanías. Tras ellas, limitadas por picachos azules, se desparrama en pradería el país de los idilios campesinos, Arcadia. A la sombra de los árboles, los pastores estarán a

esta hora, como en los días clásicos, siguiendo con los sonos de las flauta el siseo de las cigarras y el rumor de los manantiales. Más allá amarillea un pliegue de montaña, y un grupo de nubes pálidas huye, a la desbandada, por los últimos términos del cielo lila y rosa, como los pájaros blancos que allí, en el lago Estinfalo, persiguió con sus flechazos Hércules.

Miguel Luis Rocuant

A C T O S O F I C I A L E S

CONGRATULACION AL NUEVO PATRONO DEL ROSARIO, EXCELENTISIMO SEÑOR DOCTOR MARIANO OSPINA PEREZ

El Rector y Claustro del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario presentan al Excelentísimo señor D. D. *Mariano Ospina Pérez*, Presidente de la República, su más respetuoso homenaje con motivo de su exaltación a la primera magistratura de la Nación. Y al saludarlo como a su dignísimo Patrono, conforme a las Constituciones del Fundador, hacen fervientes votos por que su gobierno, inspirado en nobilísimos ideales de patriotismo y rectitud, sea para bien de todos los colombianos.

L. C., Agosto de 1946.

Al Exmo. Señor D. D. *Mariano Ospina Pérez*, Presidente de la República, Patrono del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.—Palacio.

PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

Privado.

Mariano Ospina Pérez saluda muy cordialmente al Rector y Claustro del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, les expresa su viva gratitud y reconocimiento por la esquila que le han enviado para felicitarlo con motivo de haber tomado posesión de la Presidencia de la República, y aprovecha la oportunidad para formular sus cálidos votos por la prosperidad y grandeza de las labores educativas de esa Institución.

Bogotá, Agosto 8 de 1946.